

CADALSO: LA MUERTE ROMÁNTICA DE UN ILUSTRADO

Alberto González Troyano

Habituados a esos autores, con biografías y obras que se inscriben nítidamente en el paisaje de su tiempo, caracterizándolo y explicándolo, la primera intención, cuando aparece alguien más complicado de situar, es intentar encasillarlo también; aunque para ello deban acentuarse unos rasgos y disminuir el poder de otros. José Cadalso es una de esas complejas personalidades que han sufrido numerosos intentos de reducción, con el fin de adecuarlo a una sola imagen representativa de un movimiento, de un siglo, de una dedicación. Sin embargo, ni la disparidad de sus obras, ni los muy diversos avatares de su vida, se prestan a ello y como consecuencia, el ilustrado se solapa con el romántico, el literato con el militar, quedando una figura desdibujada y algo errática para todos aquellos que prefieren perfiles nítidos y definidamente rectilíneos.

Incluso la comprensión de su propia muerte ha quedado expuesta a interpretaciones que se derivaban del distinto aprecio proyectado sobre una u otra de sus obras, o sobre según qué aspecto de su biografía. Prueba de ello es el carácter meramente circunstancial que se suele asignar a este último episodio, en la mayoría de los estudios dedicados al escritor. Con esta escasa relevancia prestada a la muerte del Cadalso militar, se da a entender su difícil conexión con la vida de un escritor ilustrado, quedando así como algo colateral, raro y extraño, que en poco ayuda a comprender su obra.

Pero, si se abandona esa tendencia a buscar el encasillamiento fijo y uniforme de obras y literatos, entonces puede que los supuestos vaivenes de Cadalso, el sentirse solicitado por distintos frentes, la ambivalencia de algunos de sus criterios, sus atrevimientos como adelantado de su siglo, es decir, todas esas posibles contradicciones, tal vez sean un buen medio para explicar mejor unos conflictos que no tenían tanto su origen en él como en la convulsa y conflictiva realidad social y política que lo rodeaba, y en la que tuvo que situarse y bregar. Porque, además, su ideario, su sensibilidad y sus ganas de vivir plenamente, le obligaron a unas iniciativas literarias y a unas apuestas personales de las que, en muchos casos, sólo cabía esperar que provocasen en los demás –y, sobre todo, en el cortesano mundo del poder– incompreensión o rechazo. De ahí que su andadura vital estuviese salpicada de ilusiones, retos, intrigas, fracasos, momentos de exaltación voluntarista, caídas

demoledoras, repliegues estoicos y, de nuevo, vuelta al mundo y a la esperanza. Todo ello en sintonía con un ambiente expuesto a múltiples fluctuaciones políticas, y en el que ambicionó, en numerosos momentos, situarse en una perspectiva de primer plano. En unos casos para influir con sus ideas ilustradas, en otros para brillar como un dandi o para apasionarse como el más radical de los enamorados románticos, y, en otros, para testimoniar y verter, por escrito, las ácidas críticas que su privilegiada *óptica* le había permitido conocer.

Habría, por tanto, que preguntarse cómo pudo originarse este carácter problemático, esta forma conflictiva de estar en el mundo, ya que, en principio, desde su nacimiento en 1741, nada parece predisponerlo a ello, en los inicios de su biografía. Según los datos de que se disponen, si se exceptúa la muerte temprana de su madre, todo confluía para que se incubase en el niño y en el joven Cadalso una formación que abría cauce al más prometedor porvenir. A la fortuna familiar –originada gracias a la habilidad de su padre, rico comerciante establecido en Cádiz– se unieron un ambiente también culto y el privilegio de unos estudios en selectos colegios europeos, como el Louis-Le-Grand, en París, viajes y estancias en las más modernas capitales y conocimiento fluido de una buena serie de idiomas, además de las lenguas clásicas. Finalmente, estudios en el Real Seminario de Nobles de Madrid, un centro del mayor prestigio social y exigencia académica. Resumido, pues, con las palabras de Glendinning, uno de sus más documentados biógrafos:

Al éxito de su padre en los negocios, y a los cuidados que le prodigó la familia de su madre, debió su segura infancia, una pródiga educación y, más tarde, la oportunidad de viajar [...]. Por lo que puede apreciarse, en la vida de Cadalso no se ve señal de desgracia ni de trastorno emocional alguno hasta que las circunstancias, muchos años después, en 1768, le depararon uno, súbitamente y de modo inesperado.¹

Sin embargo, no conviene olvidar que si bien todo ese bagaje, el económico de su herencia y el cultural le abrían y facilitaba una amplia gama de aspiraciones, Cadalso eligió, en 1762, la carrera de las armas, introduciendo así un primer elemento de sorpresa ante lo más previsible. Porque, entre los amigos que compartieron con él ideas y proyectos respecto a una clara entrega, desde dentro, a la mejora del país, si bien muchos eligieron también dedicarse a tareas administrativas en el aparato del estado, su decisión profesional, en el servicio militar, le sometía a unos imperativos de jerarquía y obediencia mucho más estrictos y discrecionales. Y más para alguien que, como él mismo reconoce en ese precioso documento de apuntes autobiográficos, recuperado por fortuna en 1967,² apuesta por ese estado "después de haber andado media Europa y haber gozado sobrada libertad en los principios de una juventud fogosa." La radical oposición de su padre a la idea, relatada por el propio Cadalso, en sus notas, muestra cuán desacertada se consideraba, desde su propio ambiente, tal iniciativa. Pero se mantuvo firme, ilusionado con unas posibilidades de servicio y ascenso, que no tardaron en ofrecer múltiples factores negativos.

Para alguien formado ya con unas nuevas exigencias de racionalidad, que se sentía llamado a una entrega en parte generosa, pero, en parte, confiando también en el lógico y rápido reconocimiento de sus méritos y valores, lo encontrado en su regimiento desde 1762, debió de ser poco o nada esperanzador en ninguno de sus aspectos, iniciándose un proceso cíclico de decepciones y de intentos y reintentos de justificar socialmente y de rentabilizar, en lo económico, la decisión tomada. El desenvolvimiento mismo, interno, de la vida militar no debía prodigar muchos alicientes. Baste esta opinión contemporánea de un diplomático francés, tan bien informado como Bourgoing:

¹ Nigel Glendinning. *Vida y obra de Cadalso*, Madrid, Gredos, 1962, pág. 106.

² En 1967 Ángel Ferrari publicó en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* unas páginas inéditas de Cadalso que tituló *Apuntaciones autobiográficas*, de las que ya había noticias en una carta enviada en 1775 a Meléndez. Posteriormente fueron recogidas, con el título de *Escritos autobiográficos*, por Nigel Glendinning y Nicole Harrison, en 1979, y, más tarde, ha contado con otra edición, titulada *Autobiografía*, preparada por Manuel Camarero junto con las *Noches lúgubres* (Cátedra, Madrid, 1988). También Fernando Durán ha dedicado un espléndido estudio a "La autobiografía juvenil de José Cadalso". *Revista de Literatura*, nº 128, Madrid, CSIC, 2002.

Añadamos en descargo de los oficiales españoles, que la vida que llevan tiende a paralizar todas sus facultades. La mayor parte de las guarniciones donde están acantonados son lugares solitarios sin recursos, tanto en lo que respecta a la instrucción como a las diversiones. Privados totalmente de licencias, raramente obtienen permiso para atender sus asuntos... la vida oscura y monótona que llevan, sin maniobras a gran escala y sin revistas acaba por paralizar cualquier actividad... Además, tiene el inconveniente de que el servicio resulta poco atractivo, por lo cual no atrae a aquellos que poseen una pequeña fortuna y una buena educación, que les ofrece otras posibilidades.³

Estas últimas líneas explican cuánto pudo haber de convicción, en su momento, como para desafiar las opiniones de familiares y allegados, pero también cuánto de empecinamiento posterior para persistir, ya que, ni su amistad con el conde de Aranda, ni la del mundo cortesano frecuentado en Madrid, le granjearon aquellos ansiados ascensos que le hubieran permitido realizar unas labores más a tono con lo imaginado y, por tanto, obtener las satisfacciones ambicionadas. Y así, hasta 1782, ya en el sitio y campaña de Gibraltar, un mes antes de su muerte, no fue ascendido a coronel. A lo que deben añadirse, además, los muchos contratiempos y destierros sufridos.

Pero lo importante, a los efectos que persiguen estas páginas, no es señalar lo que hubo de ingenuidad e imprevisión en Cadalso, al no haber calculado el posible desajuste entre una milicia idealizada, desde el exterior, y su funcionamiento real en la España de Carlos III. Lo significativo estriba en que si bien pensó en sus años jóvenes que la dedicación militar era un medio digno para llevar a cabo las ambiciones de engrandecimiento que el país requería, gracias también a esa larga cadena de decepciones experimentadas, pudo comprobar pronto que en aquel mundo, el ideario ilustrado se volatizaba aún antes y lo único que prevalecían eran los mismos intereses y caprichos reinantes en cualquier otro aparato administrativo de la monarquía borbónica.

Por tanto, fueron fraguando en él unas nuevas reacciones emotivas destinadas a desempeñar una consistente labor. La conciencia intermitente de su fracaso ante los obstáculos surgidos encontró en la escritura una prudente forma de analizar y sublimar la tensión que las situaciones le deparaban. En sus posteriores planteamientos pretendió, pues, conciliar dos posiciones. Por una parte, pasó a criticar, desde una perspectiva racionalista e ilustrada, el lastre que para el país representaban una serie de comportamientos negativos, pero, al mismo tiempo, quiso mantener y salvar la dimensión de sacrificio y heroísmo de la vida militar elegida. Para alguien que había viajado por Europa y leído una serie de libros que le proporcionaron nuevos enfoques y sentimientos, fue posible conjugar esa doble mirada. Recurrió, pues, a la imagen de unos caracteres nacionales que sirviesen para encubrir las críticas al funcionamiento de la Corona, pero, sobre todo, dio entrada al concepto y al sentimiento de patria, como entidad superior, merecedora de la entrega y sacrificio de sus ciudadanos a la hora de servirla. Así, en parte, quedaba conjurado su fracaso temporal ante la carencia de reconocimientos públicos a su labor, ya que la patria y no un rey era la última depositaria a la que había ofrendado su voluntad, tiempo y méritos. Así lo ve José Antonio Maravall, al justificar su papel en la formación del nuevo pensamiento político: "Cadalso no refiere nunca el patriotismo al servicio del rey, de la Corona, ni a nada parecido. Proyecta el patriotismo sobre la nación y es solo a esta a la que tiene presente".⁴

³ Jean-François Bourgoing: *Nouveau voyage en Espagne* (1788), citado por John Lynch: *La España del Siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, 1999, pág. 278.

⁴ José Antonio Maravall: "De la Ilustración al Romanticismo: el pensamiento político de Cadalso" en *Estudios de la historia del pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, Mondadori, 1991, pág. 38.

La escritura de las *Cartas marruecas* da cuenta de todo ese proceso. Ante los obstáculos surgidos, él se impuso la obligación moral de respetar los principios de un "sistema del cual por ningún acontecimiento próspero o adverso me apartaré hasta morir,"⁵ y entre ellos domina el deseo de ser socialmente útil. Por eso es perceptible paulatinamente un desplazamiento del concepto de "hombre de bien", teñido de rasgos todavía meramente racionalistas, ilustrados y cosmopolitas al de "buen ciudadano y patriota" que lo libera de la sumisión al poder monárquico y de sus representantes concretos para ilusionarse con el nuevo sentido que está adquiriendo y que él contribuye a asentar en España las palabras "patria y ciudadano". La carta LXX, a este respecto no puede ser más autojustificativa. Dice Nuño:

¿No crees que todo individuo está obligado a contribuir al bien de su patria con todo esmero? [...] No basta ser buenos para sí y para otros pocos; es preciso serlo para el total de la nación. Es verdad que no hay carrera en el estado que no esté sembrada de abrojos; pero no deben espantar al hombre que camina con firmeza y valor. La milicia estriba toda en una áspera subordinación poco menos rígida que la esclavitud que hubo entre los romanos; no ofrece sino trabajo de cuerpo a los bisoños, y de espíritu a los veteranos; no promete jamás premio que pueda así llamarse respecto de las penas con que amenaza continuamente. Heridas y pobreza forman la vejez del soldado que no muere en el polvo de algún campo de batalla o entre las tablas de un navío de guerra. Son además tenidos por ciudadanos despegados del gremio; no falta filósofo que los llame verdugos; y qué Gazel, ¿por eso no ha de haber soldados? ¿No han de entrar en la milicia los mayores próceres de cada pueblo? ¿No ha de mirarse esta carrera como la cuna de la nobleza?

No es sorprendente, pues, que Cadalso expusiese, una y otra vez, que el patriotismo es "el noble entusiasmo [...] que ha guardado los Estados, detenido las invasiones, asegurado las vidas y producidos aquellos hombres que son el verdadero honor del género humano"⁶ o bien esta visión tan escéptica: "Los hombres corrompen todo lo bueno" (carta LXXX) "Unos ejércitos muy lucidos y simétricos, sin duda, pero [...] mandados por generales en quienes hay menos de lo que se requiere de aquel gran estímulo de un héroe, a saber, *el patriotismo*" (carta IV).

Ahí estaba el planteamiento clave que le redimía y que quizás, aún, podía estimularle en sus ilusiones. Sin embargo, y a pesar de la propia autocensura y de su prudente moderación, el Consejo de Castilla que ya no había dado antes su conformidad para la obra de teatro *Solaya o los circasianos*; también retuvo el permiso de edición de las *Cartas marruecas*. Ante sus recursos, él mismo indica que "la autoridad me ha encargado que sea militar exclusiva".⁷ Las palabras de Gazel, en una de las cartas: "Bien sé que para igualar nuestra patria con otras naciones es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco", junto con otras de igual índole no eran bien acogidas por la Corona borbónica. Lógicamente, aún debió aumentar su desasosiego, el hecho de que la otra parte de su vida, la dedicada al pensamiento y a la escritura, también sufriese de ese otro tipo de fracaso representado por el rechazo institucional y el silencio de las imprentas. Su resentimiento ante una frustración que tenía unos orígenes y unos nombres políticos concretos se volcó, pues, en amor a una patria, entidad que al ser mucho más abstracta, escapaba a la degradación evidente y sufrida y podía ser, como contrapunto, cada vez más idealizada.

Pero otro acontecimiento precipitaría aún más su pérdida de ilusiones en un proyecto colectivo e ilustrado, dejándole solo, de nuevo, en manos de la oleada de emocionalismo romántico que se extendía por Europa y que le convierte en el mejor ejemplo español de cómo "el hombre de bien" deviene hombre romántico, al ser tan sumamente sensible a las transformaciones que se avecinaban, esta vez en el campo amoroso. Después de haber vivido una intensa vida de salón –lo que Sebold llama su dandismo–, que le llevó a asumir el papel de "cortejo" de damas tan representativas del mundo cortesano, como la condesa de Benavente, se enamora de una actriz, María Ignacia Ibáñez. En el ambiente habitual de matrimonios de conveniencia y de

⁵ Carta de 1772 dirigida a su amigo Manuel López Hidalgo, citada por Rinaldo Frolidi. "Apuntaciones sobre el pensamiento de Cadalso" en *Coloquio Internacional sobre Cadalso*, Bolonia 1982, Piován, Abano Terme, 1985, pág.145.

⁶ Citado por José Álvarez Junco: *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XVIII*. Madrid, Taurus, 2001, 'Pág. 104.

⁷ José Cadalso: *Estudios autobiográficos y epistolario*, ed. y notas de N. Glendinning y N. Harrison, Londres, Tamesis Book, 1979, pág. 121.

efímeros y superficiales cortejos, esta relación despertó los mayores recelos de sus superiores: no era admisible, por desigual, en un militar que, además, era caballero de la orden de Santiago. Pero este nuevo obstáculo social era el resorte exigido, en una sensibilidad ya casi romántica, para que se despertasen los componentes del arrollador amor-pasión y así fue vivida esta experiencia por Cadalso, dando entrada literaria no sólo al primero de ellos, sino, quizás, también, al expresado con más vehemencia y radicalidad. Su actitud de desafío social sólo se depuso ante la pronta muerte, por enfermedad, de María Ignacia, en 1771, pero fue suficiente para que la imagen del soldado incómodo se hiciese visible una vez más. Aunque fuese, en última instancia, el azar de la naturaleza el que provocase la desaparición de su amada. La obra literaria, *Las noches lúgubres*, con la que sublimó esta nueva desgracia, fue escrita con una contundencia y un atrevimiento tan desbordadamente romántico que imposibilitó por entonces su publicación. No lo sería, en forma de cuatro entregas, hasta 1789-90. Incluso en 1816, un moribundo tribunal de la Inquisición dictaba orden de recogida y prohibición de su lectura.

Mas la modernidad de esta obra, como medio que puede ayudar a interpretar la muerte de Cadalso en la batería de San Martín, quizás resida en la proyección que realiza de su autor. En dos aspectos, el de una buscada y asumida teatralidad de gestos y actitudes y el de la familiaridad con el suicidio. Unas interpretaciones de Sebold, quizás el mejor estudioso de Cadalso, pueden explicar los elementos incorporados:

Los románticos tendían a sustituir las explicaciones razonadas por el sentimiento y la pasión, no porque no fuesen capaces de razonar, pues siendo hijos de la Ilustración dieciochesca, lo eran tanto como el que más, sino porque se trata de una pose que cierto dandismo emocional, a su parecer esencial para su oficio, les llevaba a mantener.⁸

Para Sebold, el suicida romántico busca contemplar "su tránsito voluntario como una forma de espectáculo que ofrece a un público [...] y él mismo de alguna manera estará todavía allí como un espectador más de su dramático gesto",⁹ aunque también "existe la alternativa más lírica de no pensar siquiera en el acto violento de levantar la mano contra la propia persona, sino sencillamente de dejarse morir de pena, si es posible, todavía en plena juventud; porque ¿qué consuelo hay más exquisito que el pensamiento de morir en la flor de la edad, de ser así un bello cadáver y de dar este nuevo y elocuente motivo de arrepentimiento a los crueles e indiferentes?".¹⁰ Y, más aún:

El romántico al escribir, sea el que sea el género que cultive, tiende a desdoblarse en dramaturgo, actor y espectador y a imaginarse a sí mismo como realmente viviendo las febriles emociones indicadas por las ardientes palabras que su pluma traza. Es decir que en el romanticismo siempre se presenta, junto con la emoción, cierta teatralidad de la emoción.¹¹

Dado lo poco que sabemos, con certeza de las motivaciones y de sus deseos de preparar e intervenir en la recuperación de Gibraltar y de su misma muerte, en las cercanías de donde nos encontramos –cuestiones que el texto que acompaña a su breve autobiografía, *Papeles de la campaña o Diario crítico del sitio de Gibraltar*, depositado en la Academia de la Historia, en nada ayuda a desentrañar– y dadas las noticias y leyendas que han circulado, de difícil o imposible comprobación, con el despliegue de las páginas anteriores se ha pretendido establecer un marco que cuando menos señale la diversidad de fuerzas a las que estaba sometido tanto el soldado como el escritor. Está claro que Cadalso busca por todos los medios participar en estas acciones. Desde 1779 se ofrece como voluntario y moviliza a sus más influyentes amistades, para conseguirlo. Eso puede ser interpretado como una maniobra más del militar que tiene todavía alguna esperanza de que su suerte se torne más propicia, la fortuna por una vez no le sea adversa, y se den los reconocimientos ambicionados: en parte obtiene alguno, el grado de coronel.

⁸ Russel P. Sebold: *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983, pág. 13.

⁹ Russell P. Sebold: *De ilustrados y románticos*, Madrid, El Museo Universal, 1992, pág. 68.

¹⁰ Russel P. Sebold: *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983, pág. 37.

¹¹ Russel P. Sebold: *Trayectoria del romanticismo español*, Barcelona, Crítica, 1983, pág. 15.

Pero también su gesto puede ser leído como una decisión en la que, en su mentalidad, ya ha dejado de contar Gibraltar como la plaza de una corona, de una monarquía y de un rey concreto, que fue perdida y debe ser retomada, para ser devuelta a la misma. Quizás su visión de Gibraltar es ya, haciendo gala de esos primeros sentimientos patrióticos comentados, una parte del patrimonio geográfico de la nación y que debe, por tanto, ser recuperado del dominio de otro país. Adelantándose así, a unos sentimientos que tardarán todavía unos años en madurar en los restantes españoles y cobrarán sentido en la Guerra de la Independencia y se verán formalizados en los tres primeros artículos de la Constitución de 1812: "La nación española es la reunión de todos los españoles [...] La nación española es libre y no puede ser patrimonio de ninguna familia ni persona [...] La soberanía reside esencialmente en la Nación". Quizás también las motivaciones eran múltiples, y se solapaban ambos deseos. Pero no deja de ser un campo sembrado de dudas.

Sin embargo su muerte parece apoyar la hipótesis romántica: la del personaje radicalmente decepcionado del mundo oficial y que busca un último acto heroico que lo redima ante los ojos abstractos –pero cargados de justicia de la patria– y ante los de sí mismo. La coincidencia con la búsqueda también de una cierta teatralidad romántica, comentada antes, estaría en la misma línea; y el gesto espectacular de hallar la propia muerte en un escenario bélico propicio, encubriría el suicidio con una dimensión patriótica destinada a tener una gran herencia literaria. Por ello, las noticias de haber sido avisado de la llegada de un proyectil enemigo y no haberse resguardado, no debe desecharse como una simple invención de amigos y compañeros para, al convertirlo en víctima, magnificar, por una vez, su estatura de soldado de bien. El hecho de que alguien tan preciso en la recogida de datos, como Bartolomé José Gallardo las transmita, puede avalar su veracidad. Que un Cadalso desahuciado de ilusiones al ver llegar la muerte orgulloso y arrogante, la esperase para convertirse así en promotor, actor y espectador de su final, no es desecharse como posibilidad verosímil dentro de esa escenografía tan querida –y necesaria como confirmación de sus ideas–, por aquellos primeros románticos.

Pero lo que sorprende, se escoja una u otra de las hipótesis, es la escasa atención dedicada a estos episodios, lo cual nos remite a plantearnos nosotros, a través de la ambivalencia misma de Cadalso, nuestra propia perplejidad ante la situación de Gibraltar. Perdida en un siglo en el que el país es dominio absoluto de una corona, es, por tanto, un acontecimiento del pasado cuando los españoles asumen, desde las primeras décadas del siglo XIX que España es un patrimonio común y compartido. Si los propios súbditos, españoles, estaban excluidos del control político de su territorio, poco les podía importar la propiedad de una plaza, en la que cuando menos había un cierto número de libertades. A este respecto quizás Cadalso fue el primero que proyectó su pasión patriótica y reivindicativa en algo que había carecido hasta entonces de ese tipo de consideración. Pero se tardó en aceptarlo así, y quizás por ello cuesta interpretar a Cadalso, porque ello nos obligaría a confrontarnos con la imagen contemporánea que tenemos de la pérdida de Gibraltar.